

NEW LEFT REVIEW 140-141

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO-AGOSTO 2023

ARTÍCULO

GREY ANDERSON La fórmula hegemónica de la OTAN 7

POLÉMICA

TIM BARKER Sobre el «capitalismo político» 41

AARON BENANAV ¿Un exceso de capacidad devorador? 61

ARTÍCULOS

HITO STEYERL Reflexiones sobre una exposición 95

LILY LYNCH Serbia último modelo 113

TOM NAIRN La némesis burguesa 150

ZEHRA JUMABHOY Soles oscuros 175

CRÍTICA

ILYA BUDRAITSKIS Tras las huellas de Lenin 189

ALBERTO TOSCANO Foucault, de nuevo 201

ED McNALLY Una humilde gran estrategia 212

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



CRÍTICA

Patrick Porter, *The False Promise of Liberal Order: Nostalgia, Delusion and the Rise of Trump*, Cambridge, Polity Press, 2020, 272 pp.

ED McNALLY

UNA HUMILDE GRAN ESTRATEGIA

El orden internacional basado en reglas, el valor occidental quizá hoy más querido, es el objetivo principal del libro de Patrick Porter. *The False Promise of Liberal Order* se dedica a desinflar la «mitohistoria» en virtud de la cual, «en la hora de su triunfo acaecida a mediados del siglo pasado», Estados Unidos rescató al Viejo Mundo de su triste historia de imperios coloniales y «guerras fratricidas». Los líderes estadounidenses, dotados de una visión mucho más amplia, trazaron los planes de las instituciones internacionales –la ONU, el Banco Mundial, el FMI, la OTAN– a las que Estados Unidos, como no había hecho antes ninguna potencia global, accedió a subordinarse. El resultado, proclamaban sus admiradores, fueron setenta años de paz mundial y crecimiento económico, marcado por la difusión del gobierno representativo y los derechos humanos o, dicho en las palabras de Madeleine Albright y Carl Bildt en una declaración ante el Atlantic Council de 2020: «Durante siete décadas, las naciones libres se han basado en principios comunes para avanzar en la libertad, aumentar la prosperidad y garantizar la paz». En *The False Promise of Liberal Order*, Porter describe cómo durante la década de 2010, cuando estos logros parecían estar amenazados por el auge de Trump, la comunidad de la política exterior de Washington recurrió a las recetas de Truman. En *Foreign Affairs*, John Ikenberry se preguntaba «¿Puede sobrevivir el orden liberal?» y Jake Sullivan se planteaba «Cómo puede aguantar el sistema», mientras que Ivo Daalder y James Lindsay pedían un «Comité para salvar el orden mundial». En la Conferencia de Seguridad de Múnich de 2019, una reunión anual de la OTAN-plus, Joe Biden ofrecía palabras

tranquilizadoras: «Esto también pasará», dijo ante la elite de la seguridad atlántica, traumatizada por el comportamiento de Trump. «*America is coming back* [América está de vuelta], ocupando nuevamente el lugar que solíamos ocupar. Con ética, honradez, diciendo la verdad, apoyando a nuestros aliados, todas estas buenas cosas».

En opinión de Porter, que ha trabajado para el ala académica del Ministerio de Defensa británico en Shrivenham, que es miembro del Royal United Services Institute y de RAND Europe y que imparte Relaciones Internacionales en la Universidad de Birmingham, la afirmación de «todas esas cosas buenas» constituye en realidad una operación de limpieza de la historia. ¿Y si fuera la búsqueda condenada al fracaso del «orden liberal» en sí mismo considerado lo que habría impulsado el auge de populistas como Trump? Porter argumenta que el pacto interestatal que lideró Estados Unidos después de 1945, designado alternativamente como «liberal» o «basado en reglas», no era ninguna de esas dos cosas. El concepto de orden liberal es una «contradicción en sí mismo», porque un «orden» es un asunto constitutivamente imperial y, por lo tanto, no puede ser liberal. «El mundo es demasiado peligroso y se halla demasiado atravesado por conflictos como para que puedan ser ordenados liberalmente –defiende *The False Promise of Liberal Order*– y empeñarse demasiado en extender la democracia en el exterior acabará por destruirla en el interior». La mitología de un orden internacional basado en reglas oculta un mundo de experiencias compensatorias, de «los campos de exterminio de la Guerra Fría a los centros del poder autoritario y la larga historia del mercantilismo de la posguerra». Los panegíricos de un orden que nunca existió ofuscan las complicadas opciones a las que se enfrentan en estos momentos los responsables políticos posicionados en un mundo caótico de «multipolaridad competitiva». Atacando el papel del eufemismo en los debates sobre las relaciones internacionales, Porter insiste en «fijar la mirada en la oscuridad de la historia».

La tesis de *The False Promise of Liberal Order* es que el orden basado en reglas es un «constructo retrospectivo» impuesto sobre una era histórica que se concebía a sí misma de una manera muy diferente. Acheson, Dulles y Rusk eran hijos de pastores protestantes y, para Estados Unidos, argumenta Porter, el orden de la Guerra Fría se enmarcaba en gran medida en términos de cristianismo patriótico versus comunismo ateo. El NSC 68 (National Security Council Paper) hablaba de una «reacción espiritual», no de un conjunto de normas internacionales, y JFK hablaba de «Libertad bajo Dios frente a la tiranía sin dios». Un análisis probabilístico secuencial de las unidades de sentido de este documento demuestra que el término «orden internacional basado en reglas» es un añadido reciente al arsenal ideológico. Aunque ya circulaba en la década de 1980, en los debates liberal-institucionalistas en torno a *After Hegemony*, de Robert Keohane, Porter indica que

adquirió una mayor circulación durante el segundo mandato de Clinton y que despegó después en la década de 2000, cuando Ikenberry y otros autores lo enfrentaron al unilateralismo de la guerra contra el terrorismo de Bush. Finalmente esta retórica se ha disparado a partir de 2014. La National Security Strategy del Reino Unido del año siguiente contenía treinta menciones al orden liberal basado en reglas; el White Paper de defensa australiano de 2018 lo mencionaba treinta y ocho veces. Esta visión ha regresado en la actualidad a la Casa Blanca. La National Security Strategy de Biden de 2022 invoca el susodicho orden en múltiples ocasiones, anunciando que «es la base de nuestra seguridad, de nuestra prosperidad y de nuestros valores» y que «debe seguir constituyendo la base de la paz global».

Porter proporciona muchos ejemplos de la ruptura de las normas y de los embustes que sustentan el poderío estadounidense. Hay ochenta y un ejemplos de «interferencias» electorales entre 1946 y 2000 y setenta y dos intentos de golpes de Estado entre 1947 y 1989. Se presentan delitos e hipocresías, empezando por la promulgación de «fake news» por parte de la CIA en la Italia de la posguerra para impedir una victoria electoral comunista. Durante la presidencia de Clinton, Estados Unidos contribuyó a establecer el Tribunal Penal Internacional, a la vez que evitaba que los estadounidenses estuvieran sujetos a su jurisdicción, de la misma manera que el ejército estadounidense no se somete a la legislación de los territorios que ocupa. Los bombardeos de Yugoslavia e Iraq, efectuado sin un mandato del Consejo de Seguridad de la OTAN, fueron «ilegales pero legítimos» (Anne-Marie Slaughter). En Gran Bretaña, Cameron pidió bombardear Siria desde el aire para defender el sistema internacional basado en normas, mientras que en la misma frase defendía que exigir una resolución de la OTAN equivalía a «subcontratar nuestra política exterior» a un potencial veto ruso. En el Mar de la China Meridional, Estados Unidos exige que Pekín se pliegue a convenciones que Washington se niega a ratificar. Y así continuamente.

El espíritu se localiza en algún lugar situado entre la familiar denuncia empírica de la hipocresía imperial que podemos escuchar en la izquierda y la respuesta intemporal de Trump sobre Putin en la CNN: «Tenemos un montón de asesinos. ¿Es que crees que nuestro país es tan ingenuo?». Pero Porter no ha recopilado estas listas solamente para el oprobio. Lo que nuestro autor pretende en realidad es reconducir las contradicciones irreductibles del «orden liberal» y mostrar que los éxitos de la posguerra de la política exterior estadounidense fueron posibles mediante determinados «tratos oscuros [imprescindible] sellados con fuerzas no liberales». Los ponentes intelectuales de un sistema basado en normas reconocen que Washington recurre a la ilegalidad y a la coerción para limitarse después a lamentarlo como si fueran deslices atípicos. Así Ikenberry, considerado en general (incluso Porter piensa así) como uno de los más elocuentes teóricos del

internacionalismo liberal, podía declarar en un ensayo publicado en 2014 en *Foreign Affairs* que, «con algunas excepciones importantes y perjudiciales, como Vietnam, Estados Unidos ha abrazado los principios posimperiales». O veamos la descripción de Ikenberry, una vez más, de la política exterior de Bush como «un sistema en el que Estados Unidos gobierna el mundo, pero no se pliega a sus reglas, [...] en efecto, un imperio». Iraq, como Vietnam, se entiende como una aberración; los episodios más desastrosos de la Pax Americana se conciben como una excepción a su esencia histórica, algo que puede atribuirse siempre a ese político que, de vez en cuando, resulta ser una manzana podrida.

Una acusación central de *The False Promise of Liberal Order* es que el proyecto de la primacía estadounidense y la filosofía de beligerancia liberal que se pone a su servicio ha sido contraproducente. En último término, el producto de esta autolesión ha sido el ascenso de Trump, un triunfo inmanente al mundo que habían fabricado estos supremacistas liberales: «No tanto una aberración como la culminación del orden y de sus patologías, de sus contradicciones y de sus excesos». Trump, argumenta Porter, fue posible gracias a la trayectoria de sus predecesores, incluyendo Obama, a la perpetuación del aventurerismo de ultramar, a la erosión de la supervisión del Congreso y a la hidra de dos cabezas del militarismo y la oligarquía. El trumpismo, en esta hipótesis, no surge únicamente de la economía política del neoliberalismo, sino de la presidencia imperial y del chauvinismo de la guerra contra el terrorismo. En el asiento del conductor del imperio estadounidense, el celo misionero del liberalismo «celoso, intolerante y mesiánico» ha generado «su propio opuesto no liberal».

Porter, sin embargo, no es un antiimperialista. Es, en sus propias palabras, un «realista clásico», cuya obra se sitúa en un intrigante punto intermedio entre el conformismo y el disenso, alguien que lo que quiere es regar el imperio con un poco de «amor firme». A Porter le preocupa ante todo aconsejar prudencia a los profesionales. El juicio prudencial se concibe aquí como «sabiduría práctica», condicionada por la atención prestada a los límites de la predicción social-científica. En la pesimista tradición intelectual que Porter adora, «la emancipación es imposible» y «cierta dosis de hipocresía y brutalidad» resulta inevitable. Pero los Estados (léase, los Estados democrático-liberales) pueden «al menos ser más sabios y conscientes». En su opinión, la principal amenaza a la que se enfrenta Estados Unidos es «la formación de una coalición adversaria euroasiática», es decir, una especie de alianza Pekín-Moscú, «basada en la decisión compartida de hacer retroceder la preponderancia occidental». Tanto este escenario de enfrentamiento con un competidor euroasiático hostil, como la continuación de un imperio agotado y tensado al límite, advierte Porter, podría «destruir la república» mediante la inducción de un «permanente estado de alarma» en el que un

Estado aún más militarizado erosione la sociedad civil y aplaste las libertades democráticas. *The False Promise of Liberal Order* apunta a la guerra contra el terrorismo como una prefiguración de esta muerte democrática.

Un capítulo final prescriptivo defiende que Estados Unidos debería enfocar el siglo XXI como un «momento maquiavélico» en el que «la república debería lidiar con la supervivencia de sus instituciones y de sus virtudes cívicas en un mundo cada vez más hostil». Los grandes estrategas estadounidenses, por lo tanto, deberían recalibrar, estrechar sus horizontes para centrarse sin pestañear en la tarea de garantizar los intereses domésticos estadounidenses. Ninguna proyección de poder considerada en sí misma debería impulsar la política exterior estadounidense, sino la protección de sus libertades e instituciones originales. Porter no prevé ningún ataque a la patria; recurre al discurso del Lyceum de Lincoln pronunciado en 1838: el peligro es que la república sea destruida por los propios estadounidenses. El primer paso para evitarlo es rechazar el proyecto de la dominación global estadounidense. El momento unipolar ya ha pasado, argumenta Porter, y hemos llegado a un nuevo mundo de revuelta política y competencia multipolar «en el que las homilias sobre el liderazgo global van a demostrarse un recurso intelectual pobre». Aunque Estados Unidos sigue siendo con mucha diferencia el Estado más poderoso del mundo, su posición relativa se ha debilitado. El ascenso de la riqueza material y la potencia oriental ha rebasado el punto de inflexión; China y la India ya no retrocederán a sus pasados agrarios y empobrecidos. Militarmente, apunta *The False Promise of Liberal Order*, el mundo se ha vuelto más difícil de conquistar, entre otras cosas por las nuevas tecnologías «antiacceso», esto es, «la panoplia de sensores, misiles, defensas aéreas e instrumentos electrónicos que pueden destruir o desarmar las naves, bases, satélites, centros logísticos y fuerzas de ocupación». En Asia, «centro de las grandes potencias rivales, en riqueza y crecimiento», ello ha dado paso a una época de «negación marítima» más que de control marítimo. Aunque Estados Unidos es una potencia militar muy superior a sus rivales en Europa y Asia, estos últimos «poseen una capacidad suficiente como para aumentar significativamente los costes», lo que dificulta que la potencia estadounidense «proyecte su poder de manera rentable». La idea de Porter de que el imperio se está sobrexponiendo demasiado está determinada tanto por los paralelismos con el *ancien régime*, –a la manera de *The Rise and Fall of Great Powers*, de Paul Kennedy–, como por los miedos de los partidarios de la austeridad respecto a los peligros de un poder militar financiado mediante el déficit (citando a Reinhart y Rogoff).

En lugar de la lucha por la dominación mundial, *The False Promise of Liberal Order* propone una gran estrategia apoyada en tres patas: la primera consiste en una política de «contención inteligente» para doblregar el auge de China; la segunda en la división de Moscú y Pekín mediante una puesta

en escena a la inversa de la ruptura chino-soviética; la tercera en una retirada completa de Oriente Próximo. Respecto a la primera, una política de contención prudente pretendería lograr un determinado equilibrio: «hacer lo suficiente para controlar la expansión de China sin convertir la competencia en una lucha generalizada carente de todo límite geopolítico». Porter defiende renunciar al cambio de régimen en Pekín y propugna aceptar la realidad del programa nuclear de Corea del Norte (en un artículo para *The National Review* propuso que Washington no debería estar armando a Taiwán). De no ser así, Estados Unidos debería establecer «acuerdos no liberales» tácticos con Estados como la India, Malasia e Indonesia para alejarlos de la órbita de Pekín. En una obra anterior sobre estrategia internacional, *The Global Village Myth* (2015), Porter se lamentaba de la manera en la que durante la década de 1950 la concepción «limitada» de la contención de Kennan fue trastocada por el NCS 68 del Departamento de Estado, que adjudicó a la Unión Soviética el papel de «superamenaza en un espacio de batalla global de suma cero». Porter supuestamente querría a su vez trastocar la política de Trump-Biden hacia China para que adopte una forma más «limitada».

En lo que atañe a la segunda pata de esta estrategia, Washington debería tratar de impedir la constitución de un eje Pekín-Moscú, buscando un acercamiento a Rusia, lo cual debería implicar «importantes concesiones mutuas, incluyendo el sacrificio de los intereses de los países no pertenecientes a la OTAN situados en su flanco oriental». Escrito antes del 24 de febrero de 2022, Porter no era contrario a la sugerencia de ceder Ucrania y Georgia a la «esfera de influencia directa rusa», sino que apostaba por una neutralidad militar para Ucrania «que contemplara una mayor autonomía del Donetsk y Luhansk, con el ejército y las armas rusas fuera del suelo ucraniano», como la opción más pragmática. (Porter ha insistido en un debate en *ResPublica* en que el interés en términos de seguridad de Occidente en Ucrania es limitado, mientras que en un artículo de opinión de *Politico* defiende que la crisis se ha producido en parte por «una serie de garantías falsas pero atrayentes efectuadas por Washington a Kiev, que han dado la impresión de un alineamiento de intereses»). En *UnHerd*, expresaba el pasado junio su preocupación por la «indisciplina estratégica» de Biden, inquietándose por lo que Pekín pudiera ganar de ello, «especialmente si Washington sigue malinterpretando la guerra» como una «lección sobre la necesidad de desplegar su poder a lo largo de Europa y Asia»).

En cuanto a la retirada militar total de Oriente Próximo, el argumento de Porter es, simple y llanamente, que los gastos de la presencia estadounidense superan con mucho cualquier beneficio nominal. La petición de Kennan de una «liquidación resuelta y valiente de las posiciones inestables» en Vietnam se invoca como un sabio consejo para Estados Unidos hoy. Hace tiempo que es necesaria una «valoración a fondo» de la estrategia

estadounidense en la región. Este es quizá el punto en el que Porter se aparta más de la sabiduría dominante y, de hecho, de la mayoría de los pensadores «realistas» de la política exterior. Reconoce que el «infraequilibrio» y la limitación podrían acarrear el peligro de crear un vacío en el que puedan formarse «desequilibrios» hostiles, pero defiende que el «sobreequilibrio», una escalada de armas masiva o proferir amenazas de guerra preventiva, también puede conducir al desastre, como lo hizo en 1914. Históricamente, señala *The False Promise of Liberal Order*, las principales guerras han sido causadas con más frecuencia por el intento de las potencias establecidas de detener su propio declive mediante la supresión de un rival en auge. Porter exige que Washington deje de intentar expandir el capitalismo democrático y los cambios de régimen en el exterior. Estados Unidos debería «conservar sus relaciones» en Europa y Asia, usándolas para mantener un equilibrio favorable y negociar «una nueva multipolaridad lo bastante segura como para que sus instituciones prosperen». Pero es difícil que una potencia decline con elegancia, reconoce Porter, así que las perspectivas no son optimistas.

The False Promise of Liberal Order es un texto incisivo, escrito con garra y convicción. Es además digno de mención que un alegato de este tipo contra el «orden internacional basado en reglas» se produzca precisamente en Gran Bretaña; las críticas del internacionalismo liberal no son desconocidas en Estados Unidos, gracias a la veterana tradición de la política exterior «realista», pero pocas veces, si es que lo hacen, se producen en Europa. En concreto, en Gran Bretaña, especialmente desde la invasión de Ucrania y las múltiples celebraciones de la revitalización a la OTAN que la han acompañado, el discurso de la política exterior se ha reducido en buena medida a repetir como loros las beaterías atlantistas. Sin embargo, aunque los argumentos básicos de Porter sean en verdad familiares para una generación de teóricos realistas estadounidenses de más edad, *The False Promise of Liberal Order* no se sitúa con respecto a ella, ni tampoco debate sus ideas; los críticos del internacionalismo liberal como John Mearsheimer, Stephen Walt, David Hendrickson o Christopher Layne apenas aparecen en el cuerpo de la obra, aunque a algunos de ellos se les menciona en los agradecimientos, donde Mearsheimer aparece como *primus inter pares*. De hecho, la postura de Porter es cercana en algunos sentidos a la obra de Andrew Bacevich, director del Quincy Institute, la encarnación institucional de la convergencia política en torno a los argumentos en pro del redimensionamiento imperial de Estados Unidos. Bacevich defendía en *The Age of Illusions: How America Squandered Its Cold War Victory* (2020), que el «debate real sobre las opciones reales debería permitir la posibilidad de bosquejar alguna alternativa al neoliberalismo globalizado y a la desigualdad que este produce, por ejemplo, una economía basada en la gestión en lugar de satisfacer un apetito cada vez más desmesurado por el consumo. Rechazaría la hegemonía militarizada como una fantasía». Pero su nombre apenas figura en *The False Promise of Liberal Order*.

El libro de Porter tampoco se implica con profundidad real alguna con los argumentos de sus oponentes internacionalistas liberales. La última contribución de Ikenberry, *A World Safe for Democracy* (2020) se presenta en términos muy similares a los de Porter, leyendo el famoso grito de batalla de Woodrow Wilson cuando alistó a Estados Unidos en una carnicería intraimperial en la Primera Guerra Mundial, como el juramento de defender las instituciones democráticas del país, no como una cruzada para rehacer el mundo a imagen y semejanza de Estados Unidos. Ikenberry también habla de la brevedad del momento unipolar y del fracaso de los intentos de globalizar el orden liberal occidental, señalando que durante la Guerra Fría esta era «fundamentalmente una comunidad securitaria, pero considerada generalmente en su configuración global como un marco de trabajo para facilitar las transacciones capitalistas». La conceptualización del iliberalismo insita en el internacionalismo liberal elaborada por Ikenberry es estructural —el orden dirigido por Estados Unidos como una jerarquía no liberal de Estados democráticos— no únicamente digna de desdén, como apunta Porter. Si *The False Promise of Liberal Order* no consigue desmontar adecuadamente la defensa intelectual del «orden basado en reglas», también ignora su papel, así como sus logros, en tanto que ideología política, además de la relación existente entre el internacionalismo liberal y lo que se podría llamar «la ideología americana», el expansionismo cuyo sentido común exploró Anders Stephanson en *Manifest Destiny: American Expansionism and the Empire of Right* (1995). Estas elisiones evidentes, sin embargo, pueden atribuirse benévolamente a la forma polémica del libro, que es casi como un manifiesto y que deja poco espacio para las especificidades académicas.

No es que a Porter no le interese la cultura. Su primer libro, *Military Orientalism: Eastern War through Western Eyes* (2009) era una contribución al «giro cultural» acaecido en el pensamiento militar galvanizado por el punto muerto en el que se encontraba la guerra contra el terrorismo, que produjo un género floreciente de «estudios estratégicos-culturales». Este contexto puede arrojar algo de luz sobre las fortalezas y debilidades de *The False Promise of Liberal Order*. Nacido en Melbourne, Australia, en 1976, Porter cursó sus estudios de grado en su ciudad natal antes de mudarse a Oxford en 2001 para realizar un posgrado en historia: su tesis de master reconstruía los «mundos mentales» de los capellanes militares ingleses y alemanes en la Primera Guerra Mundial en el momento álgido de la cruzada blairita por el intervencionismo militar liberal. En un primer momento opuesto a la invasión angloestadounidense de Iraq, Porter se convirtió en un partidario de la ocupación, seducido por la sed de sangre quijotesca de Christopher Hitchens y el grupo de Euston. Trabajar en la British Defence Academy en Shriveham mientras terminaba su doctorado, rodeado de colegas militares que iban y venían de Iraq, le hizo conocer su realidad brutal.

En un texto retrospectivo, *Blunder: Britain's War* (2018), Porter atribuía su error a un «juicio equivocado» provocado por «la sobreestimación de la potencia occidental, la falta de consideración del salvajismo de la guerra y sus consecuencias no intencionadas», el apego ahistórico a las analogías de las políticas contrarias al apaciguamiento y «la ceguera ante el punto muerto histórico de las buenas intenciones».

Darse cuenta de su error fue políticamente crucial para Porter y marcó el inicio de su despertar para convertirse en un «realista clásico». Esta conversión damascena se expresó en el segundo libro de Porter, *The Global Village Myth*, pero no era aún evidente en *Military Orientalism*, donde Porter confiaba en que un enfoque «cultural realista» hubiera contribuido a que las operaciones estadounidenses en Mosul hubieran sido más humanas y selectivas, más diestras a la hora de agrupar a las tribus suníes en contra de Al Qaeda. Ofreciendo un análisis crítico de las opiniones estadounidenses sobre los talibanes y las percepciones israelíes de Hezbollah, así como los estudios británicos de un Japón en auge después de 1905 y la fascinación de Basil Liddell Hart con las formas mongolas de la guerra, *Military Orientalism* se centra en las ideas primordialistas de la cultura que aún moldeaban la política de la OTAN durante la década de 1990 de las nociones de rencillas familiares indelebles en los Balcanes a la superioridad civilizatoria de la guerra occidental sobre el «Islam». El libro, un estudio de «cómo cambian las culturas en tiempos de guerra», concibe la cultura de manera reflexiva como una relación dinámica y dialéctica entre sistema y práctica: «La gente lleva sus culturas al campo de batalla, pero tanto unos como otros (los enemigos) se rehacen mutuamente en el mismo». Así Porter subrayaba la adaptabilidad de los talibanes o las operaciones políticas sofisticadas de Hezbollah. El ángulo adoptado con el internacionalismo liberal en *The False Promise of Liberal Order* puede entenderse también como un ejercicio de antropología cultural. Porter es muy agudo en sus percepciones sobre los internacionalistas liberales en cuanto grupo (los cónclaves en Aspen, Múnich, Brookings o Harvard; los significantes compartidos de la «clase securitaria atlántica») sin prestar demasiada atención a las ideas individuales.

Una diferencia significativa entre el planteamiento de Porter y el «neorealismo» de la progenie de Kenneth Waltz es la centralidad que concede al ámbito de la política interior. La reseña de Peter Gowan de *The Tragedy of Great Power Politics*, de Mearsheimer, publicada en la NLR 16, identificaba como su principal debilidad intelectual la tendencia a tratar a los Estados como «otras tantas cajas negras o bolas de billar». Esa crítica no podría aplicarse a Porter, que se reclama de una tradición «clásica» que reconoce la importancia de la política interior a la hora de conformar las prioridades internacionales, tratando la política como algo contingente y sometido a las veleidades de los agentes individuales. Este énfasis subyace tanto al faro que

guía la humilde gran estrategia de Porter, como a su afán de conservación de la república y su creencia de que la autoderrota es la amenaza más grave para un fin de este tipo.

Un aspecto admirable del trabajo de Porter es su preocupación por la naturaleza antidemocrática de la política exterior y su reconocimiento de que esto debe cambiar, si deseamos implantar un nuevo rumbo: la gran estrategia debe politizarse y someterse a discusión. Entre las prescripciones señaladas por *The False Promise of Liberal Order* se cuenta una supervisión seria por parte del Congreso de la política exterior, incluyendo restricciones eficaces sobre los poderes bélicos de la Casa Blanca y la sumisión de las decisiones sobre la guerra y la paz «al control de la ciudadanía». En *International Security* Porter ha señalado que una gran estrategia permanente aplicada a la concepción de la hegemonía global implica que la política exterior estadounidense funcione como «el amo y no como la criada» de la democracia. En una afirmación con un pedigrí claramente republicano subraya que «lejos de ser un área separada de la política», la estrategia internacional «está en el corazón de la vida cívica de una nación». Nada es más político que las decisiones sobre la guerra. Porter al menos aspira a romper el eterno elitismo de la toma de decisiones sobre política exterior.

Su intento de articular esta sensibilidad democratizadora en el seno de la tradición realista no resulta tan convincente. «En el realismo clásico – dice Porter– la defensa no es una especialidad técnica que ejerce una clase profesional, sino parte de la lucha por la definición del bien común». En su versión puede que sea así, pero como Nicolas Guilhot argumenta en *After the Enlightenment*, el realismo clásico de Hans Morgenthau y su círculo de pensadores era antidemocrático en esencia, «impulsado por la nostalgia aristocrática de la diplomacia al estilo del siglo XVIII y más generalmente por las formas de toma de decisiones no sujetas a la rendición de cuentas». Kennan (a quien Porter, como tantos otros realistas, tiene en una estima cuasi legendaria) pensaba de la misma manera. Valoraba, por decirlo con las palabras de un biógrafo reciente, el «proceso de negociación paciente y secreto conducido por profesionales calculadores y astutos». No es únicamente una cuestión de historia intelectual, porque este es un círculo especialmente complicado de cuadrar en el momento presente. De hecho, parece existir una tensión entre el elogiado compromiso normativo de Porter con la profundización de la democracia republicana, incluyendo el ámbito de la toma de decisiones en la política exterior, y su predilección estratégica por las prácticas de gobierno que se acomodan más a las salas de reunión secretas que a la luz del día de la esfera pública. Es difícilmente plausible que los «tratos oscuros» que Porter propone, como el sacrificio de la población cachemira para convencer a India que se posicione en contra de China, puedan surgir como exigencias populares de política exterior.

Esta tensión es a la vez un problema intelectual y una dificultad política. La estrategia de Porter no es en modo alguno antiimperialista, pero tampoco es especialmente del gusto de los estrategas de Washington. Aunque la intención general de «contener la apuesta china por la hegemonía en Asia» podría ser reconocida como propia por el estamento estadounidense encargado de la política exterior, la limitada concepción de la contención que esboza Porter seguramente no les gustaría tanto. Tratar con Putin y «salir» de Oriente Próximo son ahora opciones inaceptables. Así, en este curioso espacio entre la ortodoxia y la iconoclastia, Porter se halla atascado sin un sujeto político. Las elites situadas en la órbita de la seguridad nacional del Estado no contemplarán esta reorientación estratégica tan drástica. Se necesitaría una presión popular organizada para que el programa de Porter se volviera plausible. Pero, ¿quién va a lanzarse a las calles para apoyar la causa de una prudente contención de China en la región del Pacífico asiático? Porter se burlaba del movimiento en contra de la guerra en *Blunder: Britain's War*, su libro sobre Blair e Iraq, le «repelía el antiamericanismo tóxico», pero debería rezar por su renacimiento, porque la oposición en masa al imperio estadounidense a secas bien podría ser el requisito previo para cualquier retroceso parcial del proyecto de hegemonía global: solamente una vez que el sentido común se acerque a algo parecido al eslogan antiimperialista favorito de Mike Davis («USA fuera, ahora y para siempre»), algo como la retirada de Oriente Próximo, por ejemplo, parecería posible.

Uno de los compromisos intelectuales clave de Porter es con el escrutinio despiadado de lo que se da por sentado: «las elecciones axiomáticas efectuadas a partir de premisas no analizadas» son una receta para la catástrofe. Los argumentos para la contención de China contemplados en *The False Promise of Liberal Order* no cumplen con estos criterios rigurosos. Escuchamos muchas cosas acerca de cómo debemos confrontarnos con China, pero Porter no se esfuerza mucho en explicar por qué exactamente Washington debe controlar las aspiraciones regionales de Pekín. La conjetura de que la suplantación de la preeminencia estadounidense en un continente distante «probablemente asustaría a los estadounidenses», induciendo a Estados Unidos a «convertirse en una Esparta a gran escala» parece bastante improbable. Es mucho más sencillo imaginar la «contención» misma conllevando ese efecto doméstico que teme Porter, que pensar que su ausencia lo provocaría. De hecho, si la guerra contra el terrorismo presagiaba la decadencia de la democracia, ¿cómo podría impactar en la vida política republicana el compromiso con una rivalidad militarizada ante un competidor potencialmente histórico-mundial?

Parte del atractivo de *The False Promise of Liberal Order* radica justamente en su aparente rechazo de la primacía estadounidense como un fin en sí mismo. Pero las apelaciones a la «contención» de China con estas razones

tan endebles se arriesgan a reinscribir los «hábitos» supremacistas estadounidenses y los reflejos ideológicos que Porter ha criticado tan rotundamente. Estos hábitos mentales están latentes en el resto del texto, como cuando Porter declara que Washington es la potencia hegemónica más «amable» y «menos mala». Dicho así, sin ninguna prueba ni explicación, ello parecería apuntar a las «premisas no analizadas» de Porter. Es aquí donde las afinidades ambiguas entre algunos críticos realistas conservadores y los oponentes de izquierda al imperio estadounidense revelan sus límites. Porter no calcula bien las dificultades de su postura. Por mencionar la más obvia: en ausencia continua de un movimiento de masas de uno u otro tipo en contra de la guerra o pacifista, las posibilidades de que la «contención» se lleve a cabo con la prudencia y la limitación que desea son prácticamente nulas. Los guiños de Biden a Taiwán y su agresiva prosecución del «desacoplamiento» mediante las restricciones para la venta de semiconductores a China implican que Estados Unidos, según el cálculo de Edward Luce (*Financial Times*) está «cerca de convertir el cambio de régimen en China en su objetivo implícito». En el marco histórico que prefiere Porter, ya estamos más cerca de la imprudente agresión del NSC 68 que de la cautela del artículo de Mr. X.

En una aguda reseña de *A World Safe for Democracy*, de Ikenberry, Porter apunta con ironía que, «con independencia de la intención de su autor», el libro señala la necesidad de atemperar el credo liberal con una dosis de realismo. ¿Qué direcciones inintencionadas podrían estar latentes en la obra de Porter? En muchos sentidos, empeorar el colapso ecológico armoniza con una postura clásica realista, que concibe al mundo como lastrado por la incertidumbre, el caos y la no linealidad. El alza de las temperaturas y el colapso de los ecosistemas convierten la predicción social-científica y la «previsión» en instrumentos más torpes que nunca. Esta crisis, señala Porter en un aparte de *The False Promise of Liberal Order*, surgió bajo la vigilancia de Estados Unidos y «está vinculada al orden securitario» garantizado por el Pentágono. No obstante, Porter, en último término, imagina una forma estratégicamente disciplinada, redimensionada y sabiamente administrada de imperio estadounidense, más que una retirada imperial más sustantiva. Para asumir este último planteamiento más rotundo no sería necesario apartarse de los predicados intelectuales conservadores de su realismo clásico, que considera que las principales tareas de la gran estrategia en un mundo trágico son minimizar los daños y evitar el bumerán imperial que destruiría la democracia. En esos términos únicamente, nada podría ser más *imprudente* y temerario que apartar la mirada del colapso ecológico para intensificar la competencia intrainperial en Asia. La razón de Estado, en un mundo que se calienta, dicta una ruptura más tajante con el imperio estadounidense de la que la mayoría de los realistas han estado dispuestos a admitir.

Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

Para España

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número
enviados a una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Para Europa

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a
una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Resto del mundo*

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a
una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:

<http://traficantes.net/nlr/suscripcion>

Para cualquier duda podéis escribirnos a nlr_suscripciones@traficantes.net